





696858

## Faltó a la Cita

LOS MARTES  
DE  
OSCAR WAISS

Varios días atrás irrumpió en mi oficina del diario Tito Mundt, dando la idea de un ciclón desatado, de acuerdo al ritmo que supo imprimir a su vida, y también a su muerte. Andaba detrás de unas fotografías de los actos de masa efectuados durante la campaña electoral de Salvador Allende y posteriores a la victoria, para un libro que le había contratado una Editorial española.

Puedo decir, ciertamente, que Tito Mundt era un viejo amigo. "Yo lo conocí" en un local obrero, ubicado en la calle Andes 2314, por allá en los años 32-33. Tenía inquietudes revolucionarias y era ya el mismo tipo alto y huesudo dentro del cual permaneció para siempre. El mismo local donde, varios años después, asesinaron a Pablo López. Allí, cerca de la calle Cuminig, ingresaron a la lucha social muchos que todavía siguen en las filas, como Julio Benítez Castillo, actual Subsecretario del Trabajo, Lucho Herrera González, Embajador de la Unidad Popular en la OEA y varios más.

Cuando uno piensa en Tito tiene la sensación del vértigo. Lo recuerdo pegando afiches en una campaña electoral con un estilo que llenaba de asombro, a los jóvenes. Engrudaba el afiche, se alejaba unos metros, tomaba vuelo, daba un salto y lo colocaba lo más alto posible en la muralla. Siempre tuvo el afán de mostrar destreza física, pretensión que lo llevó finalmente a la muerte.

Estuvo con él en París, por los años 57-58. Se alojaba en el Hotel Saint Michel, de la calle del mismo nombre y se llevó como trofeo la plancha de la "rue", esas azules con letras blancas que están en todos los cruces de la Ciudad Luz. En el café de la esquina le enseñó al dueño a colocar en los espejos la palabra "tinto", en vez del tradicional "rouge" chilénizando el vino que nos tomábamos en unas pequeñas garrafas, con sabor a saudades y aventuras.

Una noche, siendo yo dirigente nacional del Partido Socialista, lo encontré en una esquina del centro, y me detuvo dominado por la euforia. — "Pobres socialistas y pobres comunistas, me dijo; fundé el gran partido que se los va a comer a todos; camisas azules y banderas de terciopelo negro; vamos a barrer". No acertó a decirme cuáles serían los princi-

pales de ese partido, el programa, los otros dirigentes, nada. "Banderas de terciopelo negro, banderas de terciopelo negro", me repetía con tal vehemencia que terminamos enojados. La ventaja de pelearse con Tito consistía en que para el próximo encuentro no se acordaba ni de la sombra del disgusto. Él vivía al día, como la noticia, periodista ciento por ciento y sus incursiones por la política eran accidentales y superficiales. Y los encuentros solían ocurrir en algún bar, donde bebía, conversaba o discutía, o en las redacciones de los diarios, donde escribía, conversaba y discutía.

Todo lo que hizo tuvo el sello de la velocidad. Hablaba rápido, escribía como una ametralladora y viajaba repentinamente. Así apareció en mi oficina de LA NACIÓN una mañana cuando yo lo creía en España. Quedé de reunirle el material que necesitaba y lo cité para el jueves. Estaba lleno de proyectos y no podría decir que con alegría de vivir, pues es más propio definirlo como ímpetu de vivir. Me aturdió con su charla vehemente y me anunció viajes, libros, artículos y corresponsalías. Ese hombre no deseaba morir y no pensaba morir. De ahí que cuando me contaron lo de un suicidio, me pareció increíble. Y no había nada de eso. Sencillamente se puso a hacer piruetas, igual que cuando daba saltos para pegar los afiches, tal como se trepó en la rue Saint Michel de París para robarse el letrero. Piruetas reflejando su exuberancia, su inquietud, su descontrol controlado o su control descontrolado.

A las doce y media del día jueves me llamé por teléfono. "¿Me tienes las fotos?", preguntó rápidamente. Sí, le dije, van a buscarlas cuando quieras. "A las cinco estoy allá, gracias", respondió. Fui uno de los últimos que escuché su voz, el mismo día de su muerte. Pero él faltó a la cita. A las cinco estaba botado en el pavimento de la calle, en pleno centro de la ciudad que tanto amó y sobre la que tanto escribió, víctima de su eterna pirueta, con la que le hizo cachafas a la vida, pero con la que no pudo hacérselas a la muerte.

Murió en su ley. Con las botas puestas. Haciendo noticia. Una noticia trágica, espeluznante, alucinante, increíble, absurda, loca, cruel, amarga e inútil.

Pero una noticia, después de todo. . .

# Faltó a la cita [artículo]

Libros y documentos

## AUTORÍA

Waiss, Oscar, 1912-

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Faltó a la cita [artículo]

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile